

Roy Jacobsen

EL MAR BLANCO

Traducido del noruego por
Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano

Título original: *Huitt Hav*

*La traducción de este libro ha recibido una
ayuda de NORLA*



Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o ejecutada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © CAPPELEN DAMM, 2015

© de la traducción: Bente Teigen Gundersen
y Mónica Sainz Serrano, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-981-655-3

Depósito legal: M. 30.093-2019

Printed in Spain

PRIMERA PARTE

El pescado llegó primero. El ser humano no es más que un infatigable huésped junto al mar. El capataz entró y preguntó si alguna de las muchachas sabía despiezar; había llegado una partida inesperada de bacalao. Ingrid alzó la vista del barril de arenque y dirigió su mirada hacia el muelle, donde los copos de nieve danzaban antes de desaparecer sobre la madera oscura, se secó las manos en el mandil y lo siguió al interior del saladero, donde se colocó junto al banco de despiezar y una cubeta de pescado eviscerado. Se miraron. Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza hacia el cuchillo sobre la mesa; parecía una pequeña hacha.

Ingrid extrajo un bacalao de un codo de largo de la cubeta de enjuague y lo colocó sobre el banco, realizó un corte en la garganta, le retorció la cabeza a la altura de las branquias y seccionó las costillas desde el cogote hasta la tripa para luego llevar el corte hasta la cola; partió la espina dorsal por el orificio anal, cortó las costillas del lateral derecho también y arrancó la espina como si desgarrase una cremallera oxidada, y

permaneció con el bacalao en la mano izquierda; el pescado parecía un ala blanca sobre el sangriento banco de trabajo, preparado para el enjuague y para ser apilado, preparado para salar, ser volteado, secado y lavado y apilado de nuevo, y para venderlo como el oro de color marfil que ha mantenido a esta consumida costa con vida los ochocientos años que han pasado desde que apareció, por primera vez, en un manuscrito.

—Déjame ver la espina.

Ingrid se la pasó a la mano derecha para ocultar el corte que se había hecho entre el pulgar y el índice.

—Completamente limpia.

Añadió que podía quedarse mientras esto durase, pues con el otoño nunca se sabe...

—Pero ponte unas manoplas.

Ingrid contempló la sangre que se mezclaba con la del pescado formando una gota, que cayó justo en el instante en que él le dio la espalda y volvió al despacho sobre las gorgoteantes suelas de goma.

Ingrid añoraba estar en otra parte; quería volver a Barrøy, pero nadie puede estar solo en una isla, y este otoño no la habitaban ni animales ni personas; Barrøy se hallaba vacía y desértica. Desde el mes de octubre ni siquiera había sido visible y ella tampoco podía quedarse aquí, en la isla principal.

Despiezaba bacalao diez horas al día, mantenía en faena a dos saladores y, al cabo de una semana, no era capaz de dormir en el gélido desván de tonelero que compartía con Nelly y dos jovencitas del interior del

país que habían llegado hasta aquí por la guerra. Estas fingían no llorar hasta quedarse dormidas; limpiaban arenques, los cortaban y los ponían en salazón en barriles, que rellenaban con salmuera, y bebían sucedáneo de café, salaban y dormían, y cada dos noches se lavaban en agua fría, el cabello una vez por semana, en agua igual de fría y aherrumbrada, bajo el cielo estrellado de resplandecientes escamas de arenque, e Ingrid despiezaba bacalao como un hombre.

A mitad de la segunda semana, uno de los saladores desapareció y mandaron a Nelly a trabajar con ella. Al siguiente día les sobrevino un temporal y los palangreros se refugiaron en las islas. Tampoco pudieron atracar el día posterior, y cuando por fin pudieron barloventear a través de la nieve, no llevaron ni un mísero pescado a bordo.

Pero muchos los estaban esperando; un pueblo entero aguardaba para recibir a los hombres que, una vez más, regresaban del mar con vida. Después vino otra tempestad, la obligación de permanecer varados y en tierra, artes que llevaban demasiado tiempo en el mar, capturas que no servían, salvo para guano quizá; dependía de muchas circunstancias, ante todo de los precios establecidos en otro mundo que no era este. El pescado de descarte se ató y se colgó, y la extraña aventura de aquel otoño llegó a su fin.

Ingrid y Nelly volteaban el pescado salado, seleccionaban el de descarte y se aseguraban de colocar enci-

ma el que había estado al fondo en la hacina anterior. Entonces también se acabó el arenque y se despidió a las muchachas desconocidas, que recibieron la mísera paga que les correspondía; se quitaron las escamas del rostro la una a la otra, se lavaron el pelo en agua fría y se lo secaron y peinaron mutuamente, y procuraron que las diademas les quedasen bien colocadas antes de marcharse entre risas en el vapor, ataviadas con ropas que nadie jamás había visto antes.

Con el mismo vapor llegó una carta de la tía de Ingrid, Barbro, que se hallaba ingresada en el hospital, escrita, no obstante, por una enfermera que tenía letra de médico y que Ingrid consiguió leer, aunque fue incapaz de comprender su alcance. Su tía no podía viajar hacia el norte porque la fractura del cuello del fémur no se curaba, porque no había transporte..., pero regresaría con tiempo antes de Navidad, recalaba dos veces. Barbro tenía cincuenta y nueve años e Ingrid, treinta y cinco; aquella noche se quedó dormida temprano y no soñó.

También se despertó pronto y permaneció escuchando el viento que arañaba el tejado de pizarra y el mar que gorgoteaba y gemía entre los postes del muelle, por debajo de la respiración de Nelly. Nelly dormía como un ser humano; era lo único que era como Dios manda en este lugar, el sonido del sueño de Nelly, una noche tras otra; ya no lo podía soportar.

Ingrid se levantó, se lavó en el cubo de cinc e hizo su equipaje; no desayunó ni tomó café, bajó con su apesosa ropa de trabajo hasta la parte trasera de la

fábrica de conservas, donde los alemanes quemaban sus desechos, y la echó al barril; permaneció contemplando fijamente las llamas hasta que aparecieron algunas personas en el muelle; la nieve caía ligera.

Subió de nuevo y preparó una especie de café, llenó una taza y la colocó sobre la silla junto al cabecero de Nelly, que seguía pareciendo un cadáver feliz, y esperó a que la luz del sol sobre la pared del muelle le indicara que ya había llegado el capataz, que de la oscuridad surgía un nuevo día, antes de levantarse y bajar con la maleta para pedir su finiquito.

Él dejó un lápiz desgastado sobre la mesa y expresó su sorpresa, dijo tanto que ella se le había adelantado como que no podía prescindir de ella; esa noche llegaría una captura, ella era imprescindible y superflua a la vez, el enrevesado fraude habitual del asalariado; pero Ingrid era de una isla, con el cielo como techo y paredes, por lo que repitió que quería su dinero «ahora mismo» y esperó pacientemente a todos los cajones que había que abrir y cerrar, el crujido de los papeles, los ambiguos suspiros sobre la ficha de las horas y el igual de prolijo recuento de los billetes arrugados, como si pedir el sueldo fuera una ofensa, como si el día de la paga la pena recayera sobre el patrón y no sobre el esclavo.

Ingrid subió por el camino helado hacia la tienda y esperó hasta que Margot abriera, seleccionó los productos que necesitaba, consiguió asimismo café y

margarina a cambio de cupones y dinero, pidió prestado el carrito de Margot y llevó la compra a la gabarra que llevaba todo el invierno resguardada bajo el muelle.

Retiró la nieve con el achicador, cargó las mercancías y la maleta, llevó el carrito de vuelta y, cuando bajó de nuevo, pasó por delante de dos soldados alemanes que se hallaban fumando al socaire del saladero; debían haber permanecido allí todo el rato, mirándola.

Bajó la escalera y subió a bordo, soltó la amarra y se dispuso a remar. Uno de los soldados se acercó al muelle y le gritó algo, gesticulando con la mano y el cigarrillo, un ojo escarlata en el invierno. Ella descansó sobre los remos y lo miró interrogante. El soldado repitió algo que ella no escuchó, la nevasca espesaba, la gabarra avanzó deslizándose sobre la superficie del agua y el soldado desapareció.

Ingrid remó hacia el extenso Gråholmen, el islote Gris, siguió los montes pelados a distancia de remo hasta dejarlos atrás; apenas había visibilidad, el mar aparecía denso y en calma.

Desde la señal del último escollo estableció el rumbo y mantuvo el ángulo entre su estela y el oleaje hasta alcanzar Oterholmen, el islote de la Nutria, al cabo de algo más de una hora. Se le apareció a babor, cuando debería estar a estribor. Ajustó el rumbo, continuó con un nuevo ángulo entre el oleaje y la serpenteante estela que iba dejando y alcanzó Barrøy media hora después de dejar atrás Oterholmen.

Descargó las mercancías, abrió las puertas de la caseta del embarcadero y arrastró la embarcación al interior con el cabrestante que su padre había instalado en algún momento de su infancia, se enderezó y miró a su alrededor, las casas allí arriba entre la masa gris de la espalda encorvada de la isla, visibles desde una distancia de ciento cincuenta, doscientos kilómetros en un día despejado, ahora unas simples cajas negras bajo una fina capa de leche, sin luz y sin huellas en la nieve.

Consiguió colocarse el yugo sobre los hombros, enganchó las mercancías y empezó a caminar cuesta arriba. Las cajas se transformaron en casas, en su hogar, rodeado de árboles que parecían dedos carbonizados. Entró a la vivienda y fue de habitación en habitación encendiendo las lámparas, prendió la estufa de leña tanto en la cocina como en el salón. Tampoco podía quedarse aquí. Salió de nuevo y bajó a la caseta del embarcadero, comprobó que estaba cerrada y re-colocó los caballetes al socaire, como si no lo hubiese hecho al llegar. La escollera de cantos rodados y los gruesos troncos de madera que formaban una parrilla bajo el mar verde, el islote Oterholmen, aparecían y desaparecían de la vista. Ninguna embarcación. Ningún ave. Se giró y echó un vistazo a las casas —ahora una de ellas tenía dos ojos amarillos—, luego subió por segunda vez; así al menos había tres pares de huellas.

La cocina ya estaba templada. Ingrid se quitó la mitad de la ropa de abrigo, molió café y puso la cafetera, colocó las mercancías en la despensa, fue a por más leña y cuando volvió, el café ya estaba listo. Se quitó el resto de la ropa de exterior y se lo tomó sentada en su propia silla junto a la ventana, que se abría hacia fuera, contemplando las sombras al oeste, los islotes Moltholmen, Skogsholmen, los escollos de Lundeskjærene y la adormilada orilla en una parte de ese día que jamás llegaría a ser nada. Seguía sin comer. Buscó algún lugar por donde empezar, debajo de la estufa o de la mesa, en el rincón de la despensa.

Se levantó, sacó la cesta con turba y empezó a rasgar las hojas de los periódicos, estrujando las láminas para formar pelotitas que fue apilando en el suelo, como una linterna de nieve. La pequeña construcción se vino abajo. Volvió a apilarlas, un periódico al que se había suscrito en aquella época en la que Barrøy era una sociedad, con seres humanos y animales y un faro, con tempestades y perseverancia, con trabajo, verano e invierno y prosperidad; sujetó las pelotitas

con unos palitos y unos trozos de turba para formar una hoguera, un pensamiento que no se le había ocurrido a nadie antes, quemar una casa en una isla; al este de Barrøy había algunas ruinas, pero ningún solar reducido a cenizas y, de pronto, no le quedó duda alguna de que los que habían abandonado Karvika lo habían hecho por voluntad propia, no a causa de una catástrofe; simplemente se habían cansado, se habían mirado al espejo, recogido sus cosas y marchado; era un pensamiento insoportable.

Cogió un quinqué y subió a la Sala Norte, después a la Sala Sur, se pasó por la alcoba de Barbro en el este, por su propio cuarto de niña, con su cama de madera, su orinal y su mesilla de noche y los descoloridos dibujos de los días del colegio, que no había visto desde que vino a cosechar patatas en septiembre; la casa se había hecho más pequeña, las puertas más bajas, las ventanas más angostas; el olor a seres humanos había impregnado estas paredes como pintura; ahora solo quedaba el olor a tierra pesada, húmeda; deslizó las yemas de los dedos por las gotas de humedad y se sentó sobre la cama de sus padres, donde su madre había fallecido.

—Deja que Lars se haga cargo de Barrøy —fueron las últimas palabras que pronunció—. Y márchate, eres joven e inteligente; dale la espalda al mar, aprende de mí...

Ingrid dijo que no.

—No eres lo suficientemente fuerte.

—Sí lo soy —dijo Ingrid a su madre agonizante.

La siguiente primavera Lars no regresó de Lofoten; había encontrado el amor, escribió, y se quedó con el pesquero, las artes y la tripulación, un año tras otro, también cuando estalló la guerra. E Ingrid y Barbro se fueron volviendo más solitarias por cada sol que se alzaba y cada temporal que arreciaba, por cada animal que sacrificaban y cada saco de plumón que recolectaban y no vendían, una mujer joven y otra de mediana edad en una isla, esperando una carta de Lars, con sus garabatos pulcros y regulares, que incluso un día contenía unos verdes garabatos, la firma de Hans, el hijo de tres años de Lars, los tres años más largos de la vida de Ingrid. Ahora habían transcurrido cuatro años de guerra y Hans había tenido un hermano, Martin; con él llegaron más garabatos para una tía y una abuela paterna que no respondían a las cartas, porque una era demasiado orgullosa y la otra no podía.

Ingrid fue a la Sala Norte y decidió dormir allí, donde había una trampilla en el suelo que daba a la cocina para que subiera el calor. Sacudió y zarandó los edredones e hizo la cama, y volvió a bajar a beber café tibio mientras leía de nuevo la carta de Barbro, la estrujó entre las manos y la echó al montón del suelo.

Pero no le prendió fuego.

Entró al salón para añadir más leña a la estufa y descubrió que la puerta de la alcoba del abuelo estaba entreabierta. Puso la mano sobre el pomo para cerrarla, pero ya lo había hecho hacía un rato; ella había

cerrado la puerta y ahora estaba abierta de nuevo, había silencio, ninguna corriente en la casa.

Oyó un chasquido, tan lejano, la tormenta persistente en las entrañas del mundo, y retrocedió hasta la cocina, donde se quedó desconcertada durante demasiado tiempo, antes de entrar otra vez y abrir bruscamente la puerta de la alcoba, enfurecida consigo misma por no haberlo hecho de inmediato, pues ahora la persona en cuestión podría haberse marchado.

Pero no había ningún olor, ni pasos arrastrándose ni el murmullo de voces o el sonido de un gato; tan solo el débil zumbido de siempre, tanto dentro como fuera. Descolgó el quinqué de la pared del salón, entró completamente y constató con un martillo que no había nadie, ni en la cama ni debajo de ella, ni en la rinconera ni en el arcón, que abrió y cerró antes de quedarse sentada sobre la tapa con el persistente silencio chisporroteando de tal manera en sus oídos que el grito tenía que salir.

Luego el silencio fue absoluto.

Se vistió y salió bajo la nieve que caía lentamente; permaneció de pie, contemplando las casas, el henal y los muelles y la caseta del embarcadero junto al mar, en un repentino asombro sobre todo lo que la había anclado a la isla que, en realidad, no era absolutamente nada. Pronto la nieve se convertiría en lluvia, la isla se volvería marrón como la sarna y el mar, gris, si el viento no cambiaba de dirección.

Ingrid se dirigió hacia el sur atravesando los jardines, evitó las cancelas y saltó por encima de las cercas

como cuando era niña. Pero ya no era una niña. Continuó hacia la punta más al sur y permaneció mirando fijamente los restos del faro que ella y Barbro habían volado con lo que quedaba de la dinamita del padre cuando estalló la guerra, los cristales rotos de colores claros y estridentes, los harapos de algas pardas y laminarias como cabellos negros alrededor de las vigas de hierro oxidadas; el depósito de parafina parecía una rosa carbonizada. Se sentó sobre el tronco que habían encontrado flotando a la deriva en una ocasión y que habían sujetado con pernos y estayes para que el mar no se lo arrebatara de nuevo; aquel inmenso coloso de color blanco hueso que habían pensado que algún día podría llegar a tener valor, quizá valía una fortuna, llevaba tres décadas sirviendo como banco para unas personas que jamás se sentaban.

Y ella ya no era una niña.

Esperó a tener frío, caminó hacia el norte a lo largo de los peñascos del oeste, sin ver huella alguna ni oír nada más que el lamento desértico del mar, pasó por el peñón del muelle nuevo y los tres alpendres; sobraba al menos un edificio. Se dio cuenta de que si hubiese despertado a Nelly aquella mañana y se hubiera permitido oír su voz y ver su sonrisa, todavía estaría en la Factoría, arrancando las espinas a los bacalaos muertos mientras sus pensamientos ascendían y descendían.

Ingrid estaba en el cobertizo nuevo, enrollando su cabello mojado en rodetes que luego dejaba caer; repitió

los movimientos y se preguntó por qué seguía sin tener hambre. Descubrió un agujero en la manga del jersey de lana y no consiguió recordar de dónde procedía. En una caja alargada sobre el banco de trabajo se guardaban los rodillos para atar redes, organizados según su tamaño. Cogió el más grande y se quedó jugueteando con él; descubrió las marcas de los dientes de Lars, que solía morderlo todo cuando era niño. Todavía tenía sangre seca debajo de las uñas. El agujero del jersey procedía de un encontronazo con un clavo en la escalera, cuando había bajado con la maleta aquella mañana. En el estante sobre el banco había bobinas con sedales de todas las dimensiones, cuchillos, piedras de afilar, anzuelos, corcho... y agujas, las agujas de Barbro.

Ingrid sacó el taburete y se sentó delante del gancho de hierro bajo la ventana, enhebró una aguja con hilo y empezó a tejer una red. Una hora más tarde tenía tres brazas de quince puntos. Sus manos se notaban suaves al aire fresco. Tenía un hambre feroz, salió a la noche y regresó a la casa; se había equivocado en cuanto al tiempo, la humedad se había convertido en nieve, ligera y seca como hollín, y ya no tenía miedo.